

Primera parte

EN MI PROPIA VOZ

*Este es mi décimotercer año
de cárcel
por un delito que no cometí*

CAPÍTULO 1

10:00 pm. Hora de cierre y recuento nocturnos. La pesada puerta metálica de mi celda deja escapar un siniestro rechinar, después se desliza y cierra abruptamente con gran estruendo. Oigo otras puertas sonar de modo casi simultáneo en el bloque de celdas. Las paredes reverberan, al igual que mis nervios. Aunque sé lo que va a suceder, el ruido súbito me sobresalta. Vivo siempre con los nervios a flor de piel, inquieto, aprensivo. Sería un tonto si no lo hiciese. Cuando se vive en el infierno, nunca se baja la guardia. Cada sonido repentino tiene su propio terror. También cada silencio. Uno de esos sonidos —o uno de esos silencios— puede muy bien ser el último, lo sé. ¿Pero cuál? Mi cuerpo se crispa levemente ante cada pisada inesperada, ante cada portazo metálico. ¿Se anunciará mi muerte con un grito o hará su trabajo en silencio? ¿Vendrá despacio o de prisa? ¿Acaso importa? En todo caso, ¿no sería mejor de prisa que despacio?

La sombra de un guardia pasa por la ventanilla rectangular de la puerta de la celda. Oigo el tintineo de sus llaves y el chillido absurdo de su aparato emisor y receptor. Mira detenidamente mi celda, observando, observando. Me ve sentado aquí, con las piernas cruzadas en la media luz, encorvado sobre la cama, escribiendo en este cuaderno. No levanto la vista para verlo. Puedo sentir su mirada pasando sobre mí, deteniéndose, siguiendo de largo, deteniéndose de nuevo sobre la forma durmiente de mi compañero de celda que ronca suavemente en la parte superior de la litera. Ahora sigue de largo. Siento un escalofrío en la nuca.

Termina un día más. Eso es bueno. Pero ahora comienza otra noche. Y eso es malo. Las noches son peores. El día es algo que simplemente le pasa a uno. La noche tiene uno que imaginarla, hacerla aparecer, uno solo. De ellas están hechas las pesadillas. Aquí las luces se atenúan pero nunca se apagan por entero. Las sombras acechan por todas partes. Sombras dentro de sombras. Yo mismo soy una de esas sombras. Yo, Leonard Peltier. También conocido en mi país natal de Great Turtle Island como Gwarth-ee-lass: “Él Guía al Pueblo”. También conocido entre mis hermanos sioux como Tate

Wikikuwa: “El Viento Persigue al Sol”. También conocido como el Preso # 89637-132 de los Estados Unidos.

Doblo la almohada contra la pared de bloques que tengo detrás y me recuesto, sentado a medias, las rodillas recogidas, aquí en mi catre de la cárcel. Me he puesto la sudadera gris de mangas largas de la cárcel. Servirá de pijama. Hace frío en esta noche de fines de invierno. Hay en el aire un escalofrío. Las paredes de metal y bloques y las losas del piso irradian un frío perpetuo en esta época del año.

Los veteranos le cuentan a uno como los tiraban, totalmente desnudos en el invierno, dentro del Agujero de paredes y pisos de acero, sin siquiera un catre o una frazada que les mantuviera el calor; tenían que agacharse sobre las rodillas y codos para llevar al mínimo el contacto con el piso de acero que absorbía el calor. Hoy casi siempre dan ropas y un catre y frazada, aunque no mucho más. El Agujero—con el que en los pasados veintitrés años me he familiarizado bastante en varias instituciones federales, al pasar a ser yo mismo casi un veterano— sigue siendo, según mi experiencia, una de las torturas más inhumanas. Un infierno psicológico. Por fortuna no estoy allí en estos momentos.

Tampoco sufro el calor que nos afligía hasta que, hace unos diez años, instalaron al fin aire acondicionado en el bloque de celdas. Antes Leavenworth recibía el triste nombre de El Invernadero, porque no tenía aire acondicionado, sino solo grandes ventiladores montados en las paredes que, en el calor de 100 grados que entume la mente en un día de verano en Kansas, movían aire pesado, perezoso e irrespirable como una antorcha de soldar, que a veces secaba el sudor de la frente antes de que lograra formarse, sobre todo en los sofocantes niveles superiores de bloques de celdas que alcanzaban cinco pisos.

Pero aún tenemos el ruido, siempre el ruido. Supongo que el mundo exterior es también ruidoso la mayor parte del tiempo, pero aquí cada sonido se magnifica en la mente. El sistema de ventilación ruge, retumba y silba. Dentro de las paredes suenan innumerables ruidos metálicos y crujidos, descargas de inodoros y gorgoteos. Chicharras y timbres crisan los nervios. Voces incorpóreas, a menudo ininteligibles, zumban y chillan en los altavoces. Las puertas de acero chirrían y cierran dando portazos para volver a chirriar y dar portazos. Siempre hay de fondo un coro de gritos y alaridos y llamadas, balbuceos demenciales, bramidos enloquecidos, risas fantasmales. Quizás algún día uno se da cuenta de que una de esas voces es la suya propia, y entonces comienza a preocuparse de veras.

De cuando en cuando lo trasladan a uno de una celda a otra, y eso representa un acontecimiento en su vida. La celda es todo lo que uno tiene, el único refugio. Como la jaula de un animal, la celda es el hogar, un hogar que haría a cualquiera envidiar a los sin techo. Los diversos bloques en esta antigua penitenciaría tienen diferentes tipos de celda, algunas con barrotes, algunas —como en la que estoy actualmente— son un armario de bloques, de cinco y medio por nueve pies con una puerta de acero. Hay un inodoro y un lavamanos, una litera y un par de gabinetes de acero montados a poca altura en la pared que proporcionan un escritorio improvisado y siempre abarrotado.

Ahora acaban de poner otro penado aquí conmigo después que me había acostumbrado a estar felizmente solo durante algún tiempo. Le asignaron la parte superior de la litera y su cuerpo inerte ronca y se hunde casi hasta mi cabeza cuando trato de sentarme a medias con un cuaderno en el regazo. Al menos me dejaron la parte inferior porque hace años tengo problemas en una rodilla. Sospecho que lo han puesto aquí conmigo como castigo —castigo para ambos, supongo— aunque ni él ni yo tenemos la menor idea de por qué.

Lo primero que hay que entender es que aquí nunca se entiende nada. Claro que no quieren que uno esté cómodo jamás o que tenga sensación de seguridad. Y claro que uno no la tiene. La seguridad es algo que nunca se tiene en una cárcel de alta seguridad.

Ahora, en esta noche fría, me tiro la áspera frazada verde del ejercicio sobre las rodillas y me cubro la nuca con una toalla de mano para que la frialdad no le llegue. Mantengo las medias bajo las sábanas, por lo menos hasta que al fin me duermo. Garabateo lo mejor que puedo, con un cabo de lápiz mordisqueado, sobre este cuaderno amarillo comprado en la comisaría de la cárcel. Apenas puedo leer mi propia letra en la semioscuridad, pero no importa.

No sé si alguien alguna vez leerá esto. Quizás alguien lo haga. De ser así, ese alguien solo puedes ser tú. Trato de imaginar quién pudieras ser y dónde pudieras estar leyendo esto. ¿Estás cómodo? ¿Te sientes seguro? Entonces, permíteme escribir estas palabras para tí, personalmente. Te saludo, amigo mío. Gracias por tu tiempo y tu atención, incluso por tu curiosidad. Bienvenido a mi mundo. Bienvenido a mi madriguera de acero. Bienvenido a Leavenworth.

CAPÍTULO 2

He decidido que ha llegado el momento de escribir, de poner en palabras mi testimonio personal... no porque tenga planes de morir, sino porque tengo planes de vivir.

Este es mi décimotercer año de cárcel por un delito que no cometí. Tengo ahora algo más de cincuenta y cuatro años. Estoy aquí desde los treinta y uno. Se me ha dicho que debo cumplir dos cadenas perpetuas y siete años más antes de salir de la cárcel en la fecha programada de mi liberación, en el año 2041. Para entonces tendré noventa y siete años. No creo que llegue allá.

Mi vida es una agonía prolongada. Siento como si hubiera cumplido ya cien cadenas perpetuas. Y tal vez así haya sido. Pero estoy dispuesto a cumplir miles de ellas en nombre de mi pueblo. Si mi encarcelamiento no hace nada más que educar a un público desconocedor e indiferente sobre las terribles condiciones que los americanos indígenas y todos los indígenas en el mundo siguen soportando, entonces mis sufrimientos han tenido, y continúan teniendo, un propósito. La lucha de mi pueblo para sobrevivir inspira mi propia lucha de supervivencia. Cada uno de nosotros debe ser un sobreviviente.

Yo lo sé. Mi vida tiene un significado. Me niego a creer que esta existencia, nuestra estancia en la Madre Tierra, carezca de sentido. Creo que el Creador, Wakan Tanka, ha dado forma a cada una de nuestras vidas por una razón. No sé cuál es. Quizás nunca lo sepa. Pero no tiene uno que saber el significado de la vida para saber que la vida tiene un significado.

Reconozco mi incompetencia como portavoz. Reconozco mis muchas imperfecciones como ser humano. Pero aun así, como me enseñaron los ancianos, expresar mis ideas es mi primera obligación, mi primera obligación para conmigo y para con mi pueblo. Decir lo que uno lleva en la mente y en el corazón es la Manera India.

Este libro no es un alegato o una justificación. Tampoco es una explicación o una excusa por los sucesos que se abatieron sobre mi vida y sobre muchas otras vidas en 1975 y me convirtieron sin yo

saberlo —e incluso sin yo quererlo— en un símbolo, en un centro de los sufrimientos de mi pueblo. Pero *todo* mi pueblo sufre, de modo que en ese sentido no soy nada especial.

Deben entender... soy un hombre corriente. Dolorosamente corriente. No es modestia. Es la realidad. Tal vez ustedes sean también corrientes. De ser así, celebro su sencillez, su humanidad, su espiritualidad. Espero que honren la mía. Este carácter corriente es nuestro vínculo, el de ustedes y el mío. Somos corrientes. Somos humanos. El Creador nos hizo así. Imperfectos. Ineptos. Corrientes.

Agradezcan que la perfección no los maldijo. Si fueran perfectos, no tendrían nada que alcanzar en la vida. La imperfección es la fuente de toda acción. Ella es a un tiempo nuestra maldición y nuestra bendición como seres humanos. Nuestra imperfección es lo que hace posible una vida sagrada.

No se supone que seamos perfectos. Se supone que seamos *útiles*.

Me doy cuenta que puedo ser temperamental. Eso es casi lo único que le queda a uno aquí en la cárcel, los estados de ánimo, que pueden cambiar desenfadada, incontrolablemente. En estas páginas encontrarán muchos de esos estados de ánimo, que fluctuarán de algo cercano a la desesperación a una esperanza sin límites, de una rabia interior asfixiante al temor y las dudas que cualquier hombre puede experimentar. Un estado de ánimo puede ser abrumador, sobre todo en esos días en que las privaciones y frustraciones inacabables de la vida en presidio se acumulan y acumulan en mi interior.

Sin embargo, de modo cada vez más frecuente en años recientes, me siento liberado de todo eso y extrañamente libre, incluso dentro de estos muros y alambres de púas que me rodean. Eso se lo debo a la Danza del Sol. Un hombre que ha danzado al Sol tiene un pacto especial con el dolor. Y será duro de quebrar.

La Danza del Sol me hace fuerte. La Danza del Sol se desarrolla dentro de mí, no afuera. Atravieso la carne de mi ser. Ofrezco mi carne al Gran Espíritu, al Gran Misterio, Wakan Tanka. Darle la propia carne al Espíritu es darle la vida. Y lo que se da ya no se puede perder. La Danza del Sol es nuestra religión, nuestra fuerza. Nos enorgullece grandemente esa fuerza, que nos permite resistir dolor, tortura, cualquier prueba antes que traicionar al pueblo. Por eso, en el pasado, cuando el enemigo nos torturaba con cuchillos, látigos, incluso con fuego, podíamos soportar el dolor. Esa fuerza todavía existe en nosotros.

Cuando uno entrega su carne, cuando se le excoria en la Danza del Sol, siente cada partícula de ese dolor, cada pizca de él. No se le escatima un ápice. Y sin embargo, hay una separación, una distancia, una mente superior de la cual uno se hace parte, de modo que siente el dolor y se ve uno mismo sintiendo el dolor. Y entonces, de algún modo, el dolor se hace contenido, limitado. Según el sol ardiente penetra derretido por los ojos hasta el ser interior, según los pinchos implantados en el pecho halan y desgarran y arrancan la carne que grita, una lucidez extraña y poderosa se va expandiendo en la mente. El dolor estalla en una brillante luz blanca, en una revelación, y se recibe una visión muda de lo que significa estar en contacto con toda la Existencia y con todos los seres.

Y durante todo lo que quede de vida, una vez hecho el sacrificio de la carne al Gran Misterio, nunca se olvidará esa realidad superior de la cual cada uno de nosotros es parte íntima y esencial y que nos sostiene y nos abraza con tanto amor como los brazos de una madre.

A partir de ese momento, cada vez que un alfiler le pinche a uno un dedo, ese dolorcito no será sino un diminuto recordatorio de aquel dolor más grande y de la realidad aún mayor que existe dentro de cada uno de nosotros, un reino infinito más allá del alcance de todo dolor, donde incluso el más lastimoso de los presos puede hallar consuelo.

La Danza del Sol me hizo soportable incluso la vida en presidio.

No estoy destruido.

Mi vida es mi Danza del Sol.

CAPÍTULO 3

No tengo excusas, solo pesar. No puedo exculparme por lo que no he hecho. Pero puedo sufrir, y lo hago. Cada día, cada hora, sufro por los que murieron en el tiroteo de Oglala en 1975, y por sus familias —por las familias de los agentes del FBI Jack Coler y Ronald Williams y, sí, por la familia de Joe Killwright Stuntz— cuya muerte de un balazo en Oglala aquel mismo día, como la muerte de otros centenares de indios en Pine Ridge en aquellos días terribles, no ha sido nunca investigada. Me duele el corazón al recordar el sufrimiento y el temor en que tantos de mi pueblo se vieron obligados a vivir en esos días, el propio sufrimiento y temor que nos llevaron a mí y a otros a Oglala aquel día... para defender a los indefensos.

Y estoy lleno también de un pesar lacerante por la pérdida que sufrí mi propia familia porque, en forma muy real, yo también morí aquel día. Morí para mi familia, para mis hijos, para mis nietos, para mí mismo. Vivo mi muerte desde hace ya más de dos décadas.

Quienes me pusieron aquí y me mantienen aquí conociendo mi inocencia pueden sentirse tristemente satisfechos de su recompensa segura, que es ser quienes son y lo que son. Es la recompensa más terrible que puedo imaginar.

Sé quien soy y lo que soy. Soy un indio, un indio que se atrevió a ponerse en pie para defender a su pueblo. Soy un hombre inocente que nunca asesinó a nadie ni deseó hacerlo. Y, sí, soy de los que participan en la Danza del Sol. Esa también es mi identidad. Si debo sufrir como símbolo de mi pueblo, sufro con orgullo.

No me rendiré jamás.

Si el que yo esté aquí les brinda algo de satisfacción a ustedes, los seres queridos de los agentes que murieron aquel día en Jumping Bull, eso al menos es algo que les puedo dar, aunque sea inocente de su sangre. Siento la pérdida de ustedes como mía propia. Al igual que ustedes, sufro esa pérdida cada día, cada hora. Y mi familia también. Nosotros también conocemos ese dolor inconsolable. Nosotros, los indios, nacemos, vivimos y morimos con dolor inconsolable. Sus

familias y la mía llevan veintitrés años compartiendo la misma aflicción. ¿Cómo es posible que seamos enemigos? Tal vez sea *con ustedes* y *con nosotros* que la sanación pueda comenzar. Ustedes, los familiares de los agentes, ciertamente que no tuvieron culpa alguna aquel día de 1975, como no la tuvo mi familia, y sin embargo ustedes y ellos han sufrido tanto, incluso más, que cualquiera de los que allí estuvieron. Parece que siempre son los inocentes quienes pagan el precio más alto por la injusticia. Así me ha parecido toda la vida.

Envío mis oraciones a las familias aún dolientes de Coler y Williams, si las aceptan. Espero que lo hagan. Son las oraciones de un pueblo entero, no solo mías. Tenemos muchos muertos nuestros por los que orar y unimos nuestro dolor al de ustedes. Que nuestro dolor común nos una. Que esas oraciones, y no que un inocente continúe en presidio, sirvan de bálsamo a su dolor. Les digo sin sombra de duda que si hubiese podido evitar lo que sucedió aquel día, sus hombres no hubieran muerto. Yo mismo hubiera muerto antes de permitir a sabiendas que sucediera lo que sucedió. Y nunca apreté el gatillo que lo hizo. Que el Creador me dé muerte en este instante si miento. No veo cómo el que yo esté aquí, apartado de mis propios nietos, pueda aliviar su pérdida. Les juro que solo soy culpable de ser indio. Por eso estoy aquí.

Ser quien soy, ser ustedes quienes son... ese es el Pecado Aborigin.

Pecado aborigen²

*Todos comenzamos en la inocencia.
Todos nos hacemos culpables.
En esta vida te reconoces culpable de ser quien eres.
Ser tú mismo, es pecado aborigen,
el peor pecado de todos.
Un pecado por el cual nunca serás perdonado.
Los Indios somos todos culpables,
culpables de ser nosotros mismos.
Nos ha sido enseñada esa culpa desde el día en que nacimos.
La aprendimos bien.
A cada uno de mis hermanos y hermanas les digo:
estad orgullosos de esa culpa.
Son culpables sólo de ser inocentes,
de ser ustedes mismos,
de ser Indios,
de ser humanos.
Vuestra culpa los hace sagrados.*

² *Aboriginal*: Juego de palabras intraducible en español entre aboriginal sin (pecado aborigen) y original sin (pecado original).

CAPÍTULO 4

Es más difícil aceptar la muerte de los seres queridos que la propia. La muerte propia es comparativamente fácil. Cuando no se me permitió asistir al entierro de mi padre en 1989, sufrí un dolor peor que cualquier dolor físico. Un dolor sin esperanza de cierre, una herida eternamente abierta. Mi padre había visto a su hijo injustamente encarcelado durante catorce años y eso le destrozó el corazón. Combarió en la Segunda Guerra Mundial donde fue ametrallado en las piernas y su hermano, mi tío Ernie, muerto en combate. Se pensaría que el gobierno que defendió a riesgo de su vida podía al menos permitirle a su hijo asistir a su entierro, pero no fue así. La venganza cala hondo.

Y en los últimos años ha habido tantas otras muertes de allegados y partidarios: la muerte de Hazel Little Hawk, mi madre espiritual, amiga de todos durante tantos años; de tío Louie Irwin, un guerrero con el corazón tan fuerte como el de un oso, quien me inspiró cada día y que, como amigo, partidario y consejero, me ayudó a sobrevivir en este lugar de pesadillas; mi desinteresado consejero legal y amigo Lew Gurwitz y tantos otros.

Pienso en todos los que han muerto violentamente a lo largo del mismo Camino Rojo que yo he transitado: Joe Killsright Stuntz, muerto por la bala de un agresor desconocido en Oglala; Dallas Thundershield, muerto a balazos durante nuestro intento de fuga de Lompoc, del que hablaré más adelante; Bobby García, quien intentó fugarse con nosotros e inexplicablemente fue hallado muerto en su celda un par de años más tarde. Está también Anna Mae Aquash, mi maravillosa hermana micmac del Movimiento Indio Americano —quien debía comparecer como testigo de la defensa en mi juicio en Fargo—, asesinada en Dakota del Sur por ser inocente e india, sus manos cortadas por un vengativo agente del FBI y enviadas a Washington para que fuera identificada, cuando sabían muy bien de quién se trataba. Fue una profanación deliberada y calculada, una agresión a nuestras más profundas e íntimas creencias espirituales, destinada a intimidarnos en el mismo corazón de nuestra existencia.

Cuando los federales amenazaron a otra pobre india, Myrtle Poor Bear, con hacerle lo mismo a ella y a su hija si no declaraba falsamente en mi contra, declaró como ellos quisieron. Después se retractó de la historia que los fiscales le habían elaborado, aunque ya me había dañado. A ella la puedo entender y hasta quizás perdonar, pero en cuanto a aquellos que por unas cuantas piezas de plata o por los motivos equivocados que fueran infligieron ese daño a esa pobre mujer y a mí y a *todos* nosotros, incluido al propio pueblo americano... a veces me pregunto qué sueños vendrán a ellos de noche si realmente creen en su Dios cristiano y en el infierno crepitante que sin duda les espera.

Pero... no... allá voy, rencoroso y vengativo, deseándole a otros el daño que ellos me han deseado. Tengo que vigilarme eso. Tengo que pisarle la cabeza a esa serpiente cada vez que la levante. Siempre hay alguien a quien odiar. La lista de aquellos que se han ganado nuestro odio —y que han desdeñado nuestro odio— es interminable. ¿Debemos confeccionar listas de los crímenes de los demás? ¿Debemos odiarnos unos a otros por toda la eternidad?

Sé que con frecuencia he hablado en contra de los indios que, a nuestro parecer, se han puesto del lado de los opresores, volviéndose contra su propio pueblo. Pero sé que esto es simplificar demasiado. A los indios no les es fácil escoger. Veo que ahora el Servicio Secreto de los Estados Unidos —nada menos— inserta anuncios de reclutamiento en diarios indios. ¡Imaginen eso! Y sé también que hay indios de buen corazón en el FBI, estadounidenses fieles, entregados, leales, buenos como son buenos indios. Ellos optaron por esa vía y, aunque yo pueda no estar de acuerdo, los respeto. Conozco la tensión que reina en sus corazones. Es bueno que estén allí, hermanos y hermanas... para que puedan vernos como somos, seres humanos, sí, seres humanos ordinarios... y extraordinarios. Exactamente igual que los demás seres humanos de esta tierra.

Sí, hasta los presos somos humanos.

Supongo que todo hombre se proclama inocente, séalo o no.

Pero, les digo que incluso los culpables son humanos. Y, al igual que el inocente que ha sido tildado de culpable, es la suya una agonía especial más allá de toda comprensión.

De algún modo Wakan Tanka, Tunkashila, el Gran Misterio, encuentran sentido y significado en todo esto.

¿Tienen significado las estrellas? Entonces mi vida tiene un significado.

No hay dudas de que mi nombre va a estar pronto en la lista de nuestros indios muertos. Por lo menos voy a estar en buena compa-

ña... ya que por esta tierra no han caminado hombres o mujeres mejores, más amables, sabios y valiosos que aquellos que han muerto por ser indios.

Nuestros muertos siguen viniendo a nosotros, una larga, larga hilera de muertos, siempre creciente e interminable. Nombrarlos a todos sería imposible, ya que la gran mayoría ha muerto desconocida, sin reconocimiento. Sí, nos han robado hasta los muertos, los han arrancado de nuestra memoria del mismo modo que han deshonrado los huesos de nuestros antepasados al sacarlos de sus tumbas y enviarlos a museos para ser envasados en cajas, catalogados y escondidos en gavetas de archivos, negándoles el deseo y derecho finales de todo ser humano: un entierro decente en la Madre Tierra y las debidas ceremonias de recordación para iluminarles el camino al más allá.

Sí, el pase de lista de nuestros indios muertos tiene que ser a gritos, tiene que ser voceado en cada cima para poder destrozarse el terrible silencio que trata de borrar el hecho de que alguna vez existimos.

Me gustaría ver un muro de piedra roja como el muro de piedra negra del Monumento de la Guerra de Vietnam, que solo he visto en fotos. Sí, allí mismo en el paseo de Washington D.C. Y en ese muro de piedra roja —teñido con la sangre viva de nuestro pueblo (y yo sería gustosamente el primero en donar mi sangre)— estarían los nombres de todos los indios que murieron por ser indios. Sería cientos de veces más larga que la del Monumento de Vietnam, que conmemora la muerte de menos de sesenta mil valientes almas perdidas. El número de nuestras valientes almas perdidas alcanza muchos millones y cada uno de ellos aún no ha alcanzado la paz hasta el día de hoy. Un museo del Holocausto del Indio Americano tendría también gran eficacia para recordar las voces de quienes fueron sacrificados.

Sí, las voces de Sitting Bull y Crazy Horse, de Buddy Lamont y Frank Clearwater, de Joe Stuntz y Dallas Thundershield, de Wesley Bad Heart Bull y Raymond Yellow Thunder, de Bobby García y Anna Mae Aquash... esas y muchas otras. Sus voces acalladas nos gritan y exigen ser oídas.

CAPÍTULO 5

He sido tratado no peor que muchos otros presos; mejor que algunos. Por lo menos estoy vivo. Hace poco, por alguna razón desconocida, me confiscaron la toalla ceremonial que me servía de falda y que he usado durante años en nuestra sagrada tienda de sudar; me dicen que la botaron. Eso duele más que las privaciones físicas y los períodos de incomunicación.

Las golpizas, en general, han cesado... espero. En el pasado me han golpeado por el gran delito de pasar medio sandwich a otro penado... me lo hubiera comido, pero tenía la mandíbula demasiado inflamada, de modo que en lugar de ver cómo lo botaban, se lo di a un tipo que tenía hambre. Eso me costó dos costillas magulladas y una mandíbula más adolorida que de costumbre, y los dolores de cabeza se agudizaron todavía más durante un tiempo debido a un golpe que recibí contra el borde del marco de una puerta.

Tengo terribles dolores de cabeza casi siempre. He perdido 80 por ciento de la visión de mi ojo izquierdo por una hemorragia de la retina que padecí hace años. También me han dicho que la prueba de hepatitis B dio positiva. A pesar de mi mala salud crónica, me han obligado a trabajar en la fábrica de muebles de la cárcel.

Mi boca es un espectáculo de horror; de niño padecí de tétanos y desde entonces nunca he tenido bien la mordida y las encías. También tuve una fractura de mandíbula que nunca sanó correctamente. Tengo la mandíbula inflamada y me produce un dolor constante. En años recientes me he sometido a tres operaciones de mandíbula infructuosas en las instalaciones de la cárcel.

Los médicos del hospital de reclusos federales de Springfield, Missouri, donde fui atendido, no se pusieron de acuerdo en el tratamiento que debía darse a mi mandíbula. Uno quería ponerme un tubo de drenaje en la parte externa de la boca y el otro en la parte interna. Cada uno de ellos decía que el otro no sabía de lo que estaba diciendo. En una operación me pusieron articulaciones plásticas en la mandíbula; una de ellas se soltó y se salió y estuve semanas con alambres sueltos

dentro de la boca, que me pusieron en carne viva la lengua, las encías y el interior de las mejillas.

Aunque mi mandíbula permanecía —y aún permanece— casi completamente cerrada, con solo una pequeña hendidura entre los dientes a través de la cual se puede empujar comida blanda aplastada, me fue negada la comida especial. Un guardia me dijo con sonrisa burlona: “Come compota de manzana, te hará bien.” En todas mis estancias en Springfield no me tenían en el hospital, sino en una celda de castigo segregada, llena de hormigas, piojos y cucarachas. En la última operación perdí tanta sangre que se requirieron repetidas transfusiones. Puedo decir que en aquellos momentos pasé al otro mundo; estaba seguro de haber muerto y me encantaba que todo hubiera terminado al fin. Esperaba unirme a todos aquellos amigos y parientes que habían pasado al Mundo del Cielo antes que yo... y de repente me vi de vuelta en mi miserable celda de Springfield. Por alguna razón recibí también prolongadas sesiones de radioterapia, aunque médicos que no eran de la cárcel me dijeron que no hay razón alguna para usar radiaciones en casos como el mío.

Me he negado a que me siguieran aplicando tratamientos quirúrgicos en la cárcel y solicitado tratamiento médico inmediato de un especialista independiente; esta solicitud me sigue siendo denegada. A algunos de mis partidarios les preocupaba que las autoridades vengativas pretendieran matarme por desangramiento o radiación. No creo que sea así. En todo caso, la muerte hubiera sido una dicha en comparación con eso y ellos ciertamente no desean que yo conozca ningún tipo de dicha.

Cuando el dolor que me lacera la mandíbula es insoportable, cierro los ojos y pienso en la Danza del Sol. Eso ayuda. Puede que mi cuerpo esté encerrado aquí, pero mi espíritu vuela con el águila.

El corazón del mundo

*Estoy aquí,
encerrado en mi propia sombra
por más de veinte años,
y aún así
he extendido mi mano
a través de la piedra y el acero y las navajas del alambre
y tocado el corazón del mundo.
Mitakuye Oyasín, mis hermanos Lakota dicen:
Estamos todos relacionados.
Somos Uno.*

En la noche sombría

*Algunas veces
en la noche sombría
me convierto en espíritu.
Los muros, los barrotes, las rejas se disuelven en luz
y desato mi alma
y vuelo a través de la secreta oscuridad de mi ser.
Me vuelvo transparente,
una sombra brillante,
un pájaro de sueños que canta desde el árbol de la vida.*

CAPÍTULO 6

Uno nunca se acostumbra a la vida en presidio. En mis sueños oigo voces de personas, algunas de ellas muertas hace tiempo, como mi padre. Estas voces son una tortura. Preguntarse cada día, cada hora, si se volverá a ser libre alguna vez es una forma muy especial de tortura. Ella cobra día a día y hora a hora su cuota en el corazón y en el alma, sobre todo cuando tiene que explicarle al nieto por qué no lo dejan asistir a su juego de fútbol. Oír su vocecita preguntar: “Abue, ¿por qué no acabas de terminar tu sentencia?”,³ es algo que le parte a uno el corazón. Pensaba que mi sentencia era solo un montón de palabras que yo debía escribir, repitiendo una frase una y otra vez en la misma forma en que a él lo castigaban en su escuela. No podía entender que mi sentencia durara el doble de mi vida natural.

Cuando, en sus visitas ocasionales, cargo a mis nietos en brazos y huelo el perfume de sus cabellos y siento la tibieza de sus manitas entre las mías, me siento momentáneamente transportado. Pero después viene el inevitable golpe metálico de las puertas corredizas al cerrarse tras ellos cuando se marchan, y enseguida quedo otra vez aquí, en esta tienda eterna de hierro llamada Leavenworth. Ese sonido metálico hace eco en mi alma del mismo modo que reverbera por los pasillos de paredes frías.

Con toda honestidad, puedo decir que desearía no haber estado en el campamento de Jumping Bull aquel día de 1975, pero nunca he lamentado haber sido uno de los que se presentaron para proteger a mi pueblo. He sacrificado casi un cuarto de siglo de mi vida, de mi libertad, a aquel gesto. Admito que estoy cansado. Durante años he escondido mis sufrimientos. Sonríe cuando siento ganas de llorar. Ríe cuando tengo ganas de morir. Tengo que mirar las fotos de mis hijos y mis nietos para verlos crecer. Extraño las cosas más sencillas de la vida corriente: comer con los amigos, pasear por el bosque. Extraño la jardinería. Extraño las risas de los niños. Extraño los ladridos de los

³ *Sentence*: En inglés tiene el doble significado de sentencia y frase, de ahí la confusión.

perros. Extraño la sensación de la lluvia en mi rostro. Extraño los bebés. Extraño el sonido del canto de las aves y las risas femeninas. Extraño el invierno y el verano y la primavera y el otoño. Sí, extraño mi libertad. Otro tanto les pasaría a ustedes.

Uno de los grandes ancianos espirituales del pueblo lakota, el difunto Mathew King, dijo: “Solo hay algo más triste que recordar que uno fue libre una vez y es olvidar que una vez lo fue. Eso sería lo más triste de todo”.

Eso es algo que yo, Leonard Peltier, nunca haré.

Nunca olvidaré el sabor de la libertad.

Tampoco olvidaré la imagen de un amanecer o de un crepúsculo. Espero verlos de nuevo algún día.

Se despierta uno una mañana y encuentra que le han dado algo que no deseaba... dos cadenas perpetuas más siete años. Estas rejillas de acero de un verde grisáceo, estas frías paredes de cemento, estos interminables rollos de alambre de púas, estas puertas corredizas de acero que llevan de ningún lugar a ningún lugar, estos corredores ensombrecidos e inhumanos, son ahora el mundo de uno. Este lugar es tuyo, le dicen, hasta el año 2041. No una cadena perpetua, sino dos. Consecutivas. Más siete años, por supuesto... por haber tratado de escapar en 1978 para evitar ser asesinado, de lo cual hablaré más adelante.

Me digo: agradece que no recibieras tres cadenas perpetuas, Leonard. ¡Al fin y al cabo, pudiste *no* haber matado tres personas en lugar de *no* matar a dos! ¡Entonces sí que te hubieran castigado! Sí, Leonard, considera dos cadenas perpetuas más siete años una condena muy indulgente por el monumental delito de ser inocente.

No se sabe cuánto tiempo estaré aquí realmente. En una época contaba en días, después en semanas, después en meses, después en años. Ahora cuento en décadas. Ya he hecho dos. ¿Debo hacer dos más? ¿Tres? ¿Cuatro? Parece que la aritmética se facilita según el tiempo va haciéndose más duro.

Aquí llega uno a tener pensamientos enloquecedores. Como... dime, cuando muera, ¿traerán mi cadáver de regreso a la celda para cumplir el tiempo de mi segunda condena más esos siete años? ¿Habré sido traído de vuelta y se me ha olvidado? ¿Seré ya un cadáver? ¿Un cadáver que respira? Pero no, no. Un cadáver no podría reírse de sí mismo de esta forma. En algún lugar, de algún modo, debe de haber algo gracioso en todo esto. Algo horrendamente gracioso, una salvaje

broma cósmica que se me hace, un chiste verdaderamente sádico en algún demoníaco cielo o infierno.

Hace un rato alguien lanzaba gritos escalofriantes corredor abajo en la semioscuridad. “¡Manchen los capullos!” gritaba demencialmente, repitiendo una y otra vez esas palabras carentes de sentido con voz fantasmal, sibilante y hueca: “¡Manchen los capullos! ¡Manchen los capullos!” No pude entender más. Debe de haberlo gritado con ese suave silbido hueco una docena de veces en el transcurso de quince minutos. Otras voces se unieron y durante un corto tiempo hubo un improvisado coro fantasmal de “¡Manchen los capullos!” que se repetía a lo largo de estos impuros corredores.

Nunca supe qué significaban las palabras. Nunca supe quién las gritaba. Quizás lo soñé. Quizás era yo mismo llamando en la demente oscuridad de mi propia imaginación.

Cumplir tiempo en la cárcel provoca cosas así. Pero, por supuesto, uno no cumple tiempo. Uno aprende a no sentir el tiempo. El tiempo lo cumple a uno. El tiempo es un caníbal que devora la carne de los años de uno día a día, mordida a mordida. Y cuando termina el último bocado, con los jugos de la vida corriendo por su ensangrentada barbilla, sonrío perversamente, eructa satisfecho y silba en tonos fantasmales. “¡Manchen los capullos!”

El cuchillo de mi mente

*Yo no tengo presente.
Tengo solo un pasado
y, quizás, un futuro.
El presente me ha sido arrebatado.
Quedé en un espacio vacío cuya oscuridad
esculpo con el cuchillo de mi mente.
Debo esculpirme a mí mismo de nuevo
más allá de la nada de las navajas del alambre.
Conoceré el éxtasis
y el dolor
de la libertad.
Seré ordinario otra vez.
Sí, ordinario,
esa aterradoradora condición,
donde todo es posibilidad,
donde el presente existe y debe ser enfrentado.*

CAPÍTULO 7

En un alféizar más allá de los barrotes, hay una paloma parada sobre sus rosadas patas, el pecho encrespado, arreglándose las plumas en el sol de la mañana. Algo de la pintura de la ventana se ha descascarado y, apoyando la frente contra el frío cristal, puedo mirarla a hurtadillas allí afuera, a un universo de distancia. La paloma no ve que la estoy mirando. Sus plumas tienen una iridiscencia sutil. En mi mente, la mano la alcanza y la toca a través de los barrotes y del grueso cristal de seguridad. Un contacto espiritual. No parece notarlo. Hunde su piquito afilado entre las plumas iridiscentes del pecho y no me hace caso.

Me maravilla el milagro de su presencia, parada aquí, tan cerca aunque lejos, libre como el viento. Todo el cielo es suyo y, a pesar de todo ese espacio infinito, escogió este poco prometedor alféizar de una cárcel para hacer una pausa en esta mañana de invierno, bendiciéndome con su presencia súbita e inesperada, con su asombrosa realidad.

Para mí, el preso, esta paloma es una mensajera tan sagrada como un águila. Me habla del Mundo del Cielo más allá del acero y el cemento y el alambre de púas. Una vez, cuando salimos de la tienda de sudar de la cárcel, levantamos la vista y vimos dos águilas que volaban en círculo por encima de nosotros. Vinieron a bendecirnos, enviadas por el Padre del Cielo.

Así que el águila y la paloma, mensajeros sagrados ambos, me conocen. El Padre del Cielo no me ha olvidado y envía a sus hijos alados para que me den consuelo.

Y yo envío hacia el cielo, a través de los barrotes, una alada oración de gracias.

No hay barrotes que puedan detener una oración.

CAPÍTULO 8

Muchas noches, tendido aquí en mi litera, dejo que mi mente, mis sueños, fluyan libremente, inventando un futuro que quizás nunca vea. Sin dudas ruego porque mi largo viaje no concluya detrás de los barrotes de una cárcel. Sé que no será así. Mis hermanos creen, en el Canadá, me dicen que me han apartado una parcela de tierra donde podré criar una pequeña manada de búfalos sagrados. A menudo sueño con eso. Pero entonces me digo: Leonard, eso es egoísmo, marcharse a vivir la gran vida y olvidar la lucha. Sí, por supuesto, tengo que recuperar algo de vida cuando salga de aquí, pero mi vida seguirá siendo mi pueblo.

Cuando sea de nuevo un hombre libre, comenzará el trabajo verdadero. Nuestra tarea fundamental, antes que cualquier otra, es sobrevivir como pueblo. Ello significa que debemos trabajar incesantemente, no importa cuáles sean las dificultades, por el cumplimiento de los tratados. Nunca debemos perder esto de vista. Temo que los pueblos indios van a perder la cultura que les queda, que perderemos nuestras tierras, que aquellos que desean sacarnos de nuestros territorios para lanzarnos a la inexistencia van a triunfar. Nuestra vigilancia y nuestra determinación total en este sentido no deben amainar. Nunca.

Pero dentro de esa lucha mayor, debemos voltearnos y ayudarnos a nosotros mismos y a nuestro pueblo, uno a uno. No hay uno de nosotros incapaz de dar una mano, así como no hay uno de nosotros que no pueda beneficiarse de una mano de ayuda. Debemos extender unos a otros nuestra mano.

La cárcel no me ha impedido ayudar a otros. Organizo campañas de ropa, alimentos y juguetes todo el año. Apoyo programas de refugio para las mujeres y de enseñanza preescolar para niños con problemas familiares. He establecido una beca en la Universidad de Nueva York para indígenas estudiantes de derecho y también he ayudado a fundar un diario para niños indios hecho por ellos mismos. Soy padre adoptivo de dos niños en Guatemala y El Salvador. He estado trabajando en formas de mejorar el sistema de atención a la salud en la Reserva

Rosebud, y desde hace poco participo en la reforma económica para Pine Ridge. Junto con Food Not Bombs,⁴ acabo de respaldar una campaña para comprar arroz, frijoles, azúcar y otros productos de primera necesidad para nuestros hermanos indios que luchan por su propia existencia e identidad como pueblo, allá en Chiapas, México. Trabajo estrechamente con la Fundación Benéfica Leonard Peltier, dedicada a la ayuda a niños indios desfavorecidos. También participo con energía en la obtención de derechos religiosos autóctonos aquí en la cárcel, una batalla continua. Pero, de todos modos, lo que puedo hacer dentro de estos muros es limitado.

Mi sueño es reunir a mi pueblo y construir centros comunitarios de americanos indígenas que ofrezcan actividades extra escolares y asesoramiento. Quiero trabajar con especialistas de todo el mundo para evitar y tratar el alcoholismo. Quiero ayudar a crear empleos y dar adiestramiento laboral a los indios. Es tan frustrante oír hablar constantemente sobre suicidios de adolescentes, consumo de drogas, desempleo y la pobreza aparentemente eterna de mi gente. Me pregunto, ¿para qué ha sido mi sacrificio?

Pero aún así sé que cuando este sacrificio finalice, comienza uno nuevo. Siempre hay una Danza del Sol más.

⁴ Comida, no bombas.

Yo soy todos

*Yo soy todos
los que siempre murieron
sin una voz
o una plegaria
o una esperanza
o una oportunidad...
todos los que siempre padecieron
por ser un Indio,
por ser humano,
por ser indígena,
por ser libre,
por ser Otro,
por estar comprometidos...
Soy cada uno de ellos.
Cada uno en particular.
Sí.
Incluso tú.
Yo soy todos*